

“La situación de la república alemana”

El Diario, 18 de mayo de 1933, p. 12.

CÓMO VE KEYSERLING LA EVOLUCIÓN PRODUCIDA EN LA POLÍTICA DE SU PATRIA

En una carta reciente dirigida a la señora Elena Sansinena de Elizalde, el Conde de Keyserling analiza los acontecimientos políticos que se han producido últimamente en Alemania. Por pedido expreso del autor manifestado en la forma que se verá más adelante, transcribimos los párrafos pertinentes.

Dice esa carta, que está fechada en Darmstadt el sábado de Pascua:

“Y ahora contestaré su pregunta sobre la revolución alemana. Pero al hacerlo le ruego que traduzca y pida a EL DIARIO que publique este fragmento.

Aún se entiende muy poco de lo que aquí sucede y, como siempre, tengo interés en contribuir a la mutua comprensión de los pueblos.

La revolución hitlerista es para Alemania, más o menos, lo que fué la Revolución Francesa para Francia; y así como el mundo entero tuvo que cambiar su principio de equilibrio y adaptarse a la Francia nueva, así Europa (por lo menos Europa) tendrá que reordenarse en función de la nueva Alemania que en el espacio de pocas semanas ha dejado de ser un caos centrífugo para convertirse en un organismo unitario. He vivido seis revoluciones (dos rusas, dos alemanas, la china y la española) y soy más o menos perito en esta materia. Y bien: lo que aquí sucede es indudablemente el acontecimiento más importante a que yo haya asistido. No se trata, de ningún modo, de “restauración”, en cualquier sentido que se tome esta palabra. Se trata de un gigantesco, de un formidable proceso de alumbramiento, y lo que nace es completamente inédito. En principio, lo he previsto en “El mundo que nace”. Era evidente que después de una opresión sin precedentes, un amordazamiento moral inigualado, Alemania resurgiría más valiente y orgullosa que nunca. Pero la juventud que ha hecho esta revolución ignora totalmente la anteguerra: no cree en ninguno de los ideales del pasado; es antimonárquica, socialista, es, sobre todo, enemiga de todos los partidos políticos y de toda lucha de clases; no es imperialista. Desea una nueva Alemania en donde cada cual pueda vivir. El fervor de estos revolucionarios no es político; es religioso. En este sentido puede decirse que ha renacido el espíritu de la Reforma y de las guerras de religión; pero también existe paralelismo con el Islam. De ahí el prestigio y el poderío inaudito de Hitler, muy superior al de todos los tiranos de la historia. No se apoyan en la fuerza, sino en la fe ciega.

Por otra parte, la misión de Hitler es pariente de la de Gandhi.

Gandhi quiere emancipar al paria, devolverle la dignidad humana. Desde 1918 los alemanes se han sentido parias ante los demás pueblos. Hitler les devuelve el respeto de sí mismos; la fe en sí mismos. De ahí el fervor que inspira y que sobrepasa tan absolutamente el marco de la política. Sin ser probablemente un gran hombre desde el punto de vista intelectual, ha logrado ya más de lo que logró

Bismarck; así como el Islam ha suprimido las diferencias de nacionalidad, en Alemania puede decirse que ya no existen verdaderamente clases sociales. En este sentido, Hitler alcanza el ideal lejano de los bolcheviques.

La semejanza con el fascismo es más bien exterior que interior. Sin duda, Italia le ha enseñado mucho a Hitler y los dos países siguen una política común bajo muchos aspectos del italiano y esta revolución surge de tal modo de las entrañas del alma nacional alemana, que el resultado sólo puede ser pura y exclusivamente alemán.

Es este un fenómeno formidable; por más accidentada que haya sido mi vida, jamás he visto cosa parecida. Y seguramente todo concluirá bien, porque se trata verdaderamente del despertar de una gran nación a una vida nueva. No es reacción; es futurismo. Naturalmente, y a medida que transcurra el tiempo habrá que vencer grandes dificultades, pero no creo que haya guerra. Existirán también, inevitablemente, etapas intermediarias, pero en suma, lo positivo supera desde ahora enormemente a lo negativo.

Quizás sufran 500.000 personas, pero en cambio 64.000.000 están en la felicidad y animadas por una nueva esperanza. Y los grandes acontecimientos requieren, para juzgarlos, una visión amplia”.